


Venga Tu Reino

**Con San Agustín,
ávidos de Dios y
apasionados por la
Iglesia**



**Dame la fuerza
para buscarte,
tú que me has permitido
encontrarte y que
me has dado la esperanza
de acercarme más a ti.**

San Agustín, La Trinidad (XV, 28,51)

San Agustín, sed insaciable de Dios

En este fascículo quisiéramos haceros partícipes de un tesoro: el de un hombre ávido de Dios. San Agustín es, sin lugar a dudas, uno de los mayores santos de Occidente. Tiene innumerables discípulos por todo el mundo. Muchas familias religiosas, singularmente las de la Asunción, lo tienen como referente. También hay laicos comprometidos que se inspiran en él.

La existencia de tantos seguidores tiene su fundamento. En su época, las gentes de Hipona y Cartago acudían en masa para escucharle. Aún hoy en día, su búsqueda de Dios coincide con las aspiraciones profundas del hombre moderno. A cada uno le marca un camino para llevar una vida auténtica. Su acercamiento progresivo a la Iglesia permite vencer nuestras vacilaciones. Nos permite compartir el gusto por la unidad, más allá de nuestras diferencias confesionales.

En definitiva, porque ante todo fue un pastor, San Agustín da un sentido concreto a la caridad. El amor de Dios se concreta en el amor al prójimo. En el s. IV, dejó de manera admirable que la misericordia de Dios le colmase. Su cambio de orientación, su conversión, fue el punto de partida de una aventura espiritual inédita y sin parangón. La vivió rodeado por sus amigos, familiares y discípulos. Dios puso en su camino guías seguros y determinantes: Ambrosio o Simpliciano y, más que nadie, su madre Mónica. Siempre tuvo la preocupación de volver a las mejores fuentes, en particular Juan Evangelista y el Apóstol Pablo. ¡Que ese itinerario fuera de lo común revele a cada uno con qué amor Dios le ama!

P. Jean François Petit, Asuncionista

**“Nos creaste para ti Señor
y nuestro corazón andará
siempre inquieto
mientras no descansa en ti”**

Confesiones 1, 1, 1

El trabajo de la gracia en un hombre

La mejor manera de descubrir a San Agustín es escucharle directamente. Seguir el relato de su vida da más información que cualquier introducción erudita. "Doctor de la gracia", "Maestro espiritual", "Testigo de la caridad", "Genio de la fe"...¡Cuántos títulos se le han dado! También se le han atribuido algunos planteamientos delicados: la condena eterna de los niños muertos sin el bautismo, la predestinación, el pecado original... Pero él no es en absoluto el autor. No cabe duda de que en una época en que apasionaban las cuestiones religiosas, Agustín no pudo evitar todas las polémicas. En consecuencia, ¿Cómo se puede trazar su retrato? De hecho, todos sus libros están llenos de detalles biográficos.

A veces, rigurosamente ordenados. Otras veces no se aprecia una coherencia. La abundante correspondencia y sus numerosos sermones proporcionan una información inestimable. Pero sobre todo hay que indagar en sus Confesiones que él releía con emoción.

En la vida de San Agustín se aprecian generalmente tres periodos: hasta su conversión en 386, la vida comunitaria hasta la ordenación sacerdotal en 391, la vida de "pastor de almas" hasta su muerte en 430. Adentrémonos pues en el relato de este itinerario fuera de lo común. No tiene otra finalidad que la de provocar nuestra propia alabanza.

Las grandes fechas de la vida de San Agustín

La desordenada juventud de un estudiante brillante

354: 13 de noviembre. Nacimiento en Tagaste de Augustinus Aurelius.

365 – 369: Después de haber estudiado en Tagaste, Agustín continua los estudios en Madaura.

370 – 372: Estudiante en Cartago, vive con una concubina que le da un hijo, Adeodato.

Lectura del Hortensius de Cicerón. Experiencia infructuosa de iniciación a la Biblia.

La infructuosa búsqueda espiritual de un profesor ambicioso

373: Profesor en Tagaste, Agustín abraza el maniqueísmo.

374 – 383: Profesor en Cartago. Decepcionante encuentro con el obispo maniqueo Faustus.

383 – 384: Enseña en Roma y en Milán. Frecuenta al obispo Ambrosio cuya predicación escucha frecuentemente.

385: Despide a su concubina.

La conversión radical en el jardín de Milán.

386: Lectura de los libros de los platónicos, de las epístolas de Pablo. Agosto: escena en el jardín de Milán. Noviembre: retiro en Cassiciacum. Redacción de los Diálogos y los Soliloquios.

387: Bautismo de Agustín, de Alipio y Adeodato la noche de Pascua. Éxtasis en Ostia. Muerte de Mónica. Segunda estancia en Roma. Salida hacia África.

388 – 391: Vida comunitaria en Tagaste.

Las grandes fechas de la vida de San Agustín

La designación como obispo de Hipona

- 391: Ordenación sacerdotal en Hipona. funda el monasterio del jardín.**
- 395: Obispo auxiliar de Hipona.**
- 396: Obispo titular de Hipona.**
- 397: Comienza a redactar las Confesiones. Participación en los concilios de Cartago.**
- 399: Clausura de los templos paganos.**
- 410: Caída de Roma.**
- 411: Conferencia de Cartago entre obispos católicos y obispos donatistas.**
- 413: Comienza a redactar La Ciudad de Dios. Lucha contra Pelagio.**
- 416: Concilio en Milevo contra los Pelagianos.**
- 426: Redacción de las Revisiones.**
- 429: Los Vándalos llegan a África.**
- 430: 28 de agosto. Muerte de Agustín en Hipona asediada por los Vándalos.**

Una juventud desordenada

Agustín nació en Tagaste el 13 de noviembre del 354 (actualmente Souk Ahras, en Argelia). África era uno de los "graneros de trigo" del Imperio romano. La familia de Agustín era de condición modesta, pequeños terratenientes. Su padre, Patricio, era pagano mientras que su madre, Mónica, era cristiana. Recibió el sacramento de los catecúmenos siendo niño y vivía feliz con su hermano y su hermana. El año 365, le llevan a estudiar a Madaura, luego continuó sus estudios en Cartago, gracias a la ayuda de un rico mecenas, Romanianus. Pero no se centra en los estudios: se deja seducir por el teatro y los espectáculos, le gusta la buena vida. Lleva una vida disipada. A los 18 años, tiene un hijo, Adeodato, "dado por Dios". Era un estudiante brillante, dotado de un gran sentido de la observación. En 374 llegó a ser profesor en Tagaste, luego, en 376, en Cartago.

Poseía la cultura de los eruditos de la Antigüedad: sabía escribir y citar a los grandes autores. Leyó, por entonces, el Hortensius de Cicerón que será determinante para él. Pero, ¿cómo compaginar su búsqueda de la sabiduría y sus pasiones de juventud? Entonces se volvió hacia la Biblia, pero su estilo le desalentó. Dirigió entonces su interés hacia la secta de los Maniqueos. Su fundador, Mani (216 - 277), predicaba una religión universal, muy misionera y bastante completa. Su base era sencilla: la oposición constante del Bien y el Mal. El reino de la Luz se opone al de las Tinieblas. Los maniqueos aceptaban el Nuevo Testamento, pero rechazaban el Antiguo Testamento suprimiendo todo aquello que les parecía contradecir a la razón. A Agustín no le satisfacía plenamente pero sin embargo abraza el maniqueísmo.

Una larga e infructuosa búsqueda espiritual

Durante nueve años fue auditor con los maniqueos... Estableció relaciones sólidas y duraderas que le permitieron pensar en una carrera. El verano de 383, asqueado por estudiantes demasiado alborotadores – los “agitadores”-, abandona Cartago y se va a Roma. Su madre no comparte su proyecto pero acaba reuniéndose con él en Roma. Ambicioso como era, Agustín obtiene un importante puesto de maestro de retórica en Milán., en la corte imperial. Es el encargado de redactar los discursos oficiales. Agustín va a escuchar los sermones del obispo Ambrosio, quizás atraído por su fama de orador. Sin pretenderlo, éste presenta una solución a sus dificultades personales: Se puede leer el Antiguo Testamento confiriéndole un sentido espiritual.

Gracias a la lectura de los platónicos, ya no concibe a Dios como un ser puramente material. Se abre ante él un camino de vida interior. El conocimiento de Dios no es únicamente un asunto de inteligencia sino también de corazón. En esta época, Agustín ya no era verdaderamente maniqueo. Pero tampoco completamente cristiano. El sacerdote Simpliciano le invita a leer el Prólogo de San Juan: el Verbo se hizo carne. Cristo es a la vez el Verbo y la Palabra hecha carne. Así acabaron desapareciendo sus últimas reticencias hacia la persona de Cristo. ¡Cuántos descubrimientos en tan poco tiempo! Todavía debe dar un paso más en el camino de su conversión: conformar su vida con la Verdad que acaba de descubrir.

**“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua
y tan nueva, tarde te amé!**

**Tú estabas dentro de mí y yo fuera, y por fuera te
buscaba; y deforme como era me lanzaba sobre
estas cosas que tú creaste. Tú estabas conmigo
pero yo no estaba contigo; me retenían lejos de ti
cosas que no existirían si no existieran en ti.
Pero tú me llamaste y clamaste hasta romper
finalmente mi sordera; con tu fulgor espléndido
pusiste en fuga mi ceguera. Tu fragancia penetró
en mi respiración y ahora suspiro por ti. Gusté tu
sabor y por eso ahora tengo más hambre y
más sed de ese gusto. Me tocaste y en tu tacto
me encendiste en tu paz...”**

Confesiones, X, 21, 38.

Una conversión radical

Después de haber leído a San Pablo y los evangelios, Agustín se muestra más crítico para con los platónicos. En la búsqueda espiritual, siguiendo su estela, se arriesga a que "la vanidad de la ciencia" crezca. No revelan lo esencial: la adquisición indispensable de la humildad de Cristo para recibir la revelación de Dios. (Conf. VIII, 9). Cristo encarnado es la única vía para recomponer el corazón del hombre lastrado por el pecado. Para encaminarse hacia el bien es necesaria la meditación de Cristo. Esta conversión a Cristo tiene lugar en agosto de 386, en el jardín de Milán. Agustín se debatía entre problemas que a sus ojos eran irresolubles. Entonces oyó una voz que le decía "¡Toma y lee! ¡Toma y lee!" Tomó las cartas de Pablo y las abrió al azar cayendo sobre la llamada a "revestirse de Cristo" (Rm. 13, 13-14).

El torrente de lágrimas que le agotaban se secó. Las luces de incertidumbre se disiparon. Y también se sintió llamado a acoger "a aquel cuya fe flaquea", es decir a su amigo Alipio allí presente. Mónica no cabe en sí de alegría: por fin su hijo ha encontrado el reposo de la fe. El relato de la conversión de Marius Victorinus, célebre maestro de retórica y reconocido traductor de Plotinio y Aristóteles, le había impresionado. Un funcionario africano, Ponticanus, le había contado cómo dos de sus compañeros habían cambiado completamente de orientación leyendo la vida de Antonio, el célebre monje del desierto. Todo ello pudo ayudar a Agustín a dar un decisivo paso adelante. Pero aún dudaba. No era fácil separarse de sus ataduras carnales, sus "viejas amigas" A partir de este momento acabó con todo aquello: Agustín es un hombre libre, entregado a Dios.

Hacia el bautismo

Por fin, esta vez, Agustín no tiene vergüenza de desear seguir a Cristo. Se separa de su concubina. Dimite de su cargo oficial de maestro de retórica con el pretexto de estar enfermo del pecho. Renuncia definitivamente a las ambiciones humanas. La "feria de la charlatanería" no volverá a tenerlo a su alcance. Agustín, su madre y sus amigos deciden retirarse durante un tiempo. El curso universitario se ha acabado. Disponen de tiempo para dedicarlo a "santas ocupaciones", volviendo así a la antigua tradición de la búsqueda común de la sabiduría. Para poderlo llevar a cabo, un amigo pudiente les presta su mansión en el campo, en Cassiciacum, al sur del lago de Como. Allí, debaten sobre numerosos temas filosóficos. Se entregan a la meditación, a la oración. Ante todo, leen juntos los libros de la Escritura para prepararse al bautismo.

En marzo de 387, Agustín y sus amigos vuelven a Milán. Se inscriben en el registro de candidatos al bautismo. Su fe se ve fortalecida con la catequesis de Ambrosio. Reciben de él el Símbolo de los Apóstoles, lo aprenden de memoria y se lo devuelven. Por fin, llega el día tan esperado. La noche de Pascua, del 24 al 25 de abril de 387, Agustín, su hijo Adeodato y su amigo Alipio avanzan lentamente por la catedral después de haber ayunado y orado. Se les sumerge en la piscina bautismal para borrar su pecado. El obispo les lava los pies. Fortificados con la unción de los santos óleos y vestidos con la túnica blanca, pueden comulgar por primera vez. Agustín lo resume sobriamente: "hemos sido bautizados y la inquietud de nuestra vida pasada se ha ido lejos de nosotros". (Con., IX, 6)

A la búsqueda de una "santa ocupación"

Durante el otoño de 387, Agustín y sus amigos retornan a África. En el momento del embarque en Ostia, su madre y él viven un extraordinario momento de unión mística con Dios. "Mientras hablábamos de esta Sabiduría que tanto deseábamos, la sentimos con un impulso de nuestro corazón".(Conf., IX, 10). Por desgracia, poco después de este éxtasis compartido, Mónica enferma y muere. En Tagaste, Agustín y sus amigos emprenden en la casa familiar una vida de "servidores de Dios". Lo comparten todo. La comunidad se fortalece mediante el ayuno, la oración y las buenas obras. Agustín destaca pronto como el organizador de todo aquello. Tanto por la palabra como por sus escritos, estimula en la búsqueda de Dios en común a cuantos le rodean. Se les adhieren nuevos compañeros. En enero de 391, Agustín se desplaza a Hipona, a tres días de marcha de Tagaste.

Desea encontrarse con uno de sus amigos para invitarle a vivir con él. Hipona es la segunda ciudad de África, un puerto importante. Su obispo, Valerio, es ya mayor. Sus fieles, que reconocen a Agustín en una celebración, solicitan que se le ordene sacerdote allí mismo. "Me agarraron, me ordenaron sacerdote y eso me condujo finalmente hasta el episcopado". Agustín permaneció treinta y cinco años en Hipona. Obtiene un tiempo de prueba para prepararse para su nuevo cargo. Valerio le autorizó a instalarse con sus amigos en una casa al fondo del jardín cerca de la iglesia. Esto les permitió no renunciar completamente a una vida de pobreza y vida en común. Pero a esta santa ocupación -el otium- pronto debe sumar el negotium. Es el principio de una intensa labor pastoral: predicación, catequesis, visitas, correspondencia... Agustín ya no se detendrá.

Una decidida acción pastoral

Pronto se reconoce la valía de Agustín. En 395 Valerio le nombra su auxiliar. A su muerte, un año más tarde, Agustín le remplace como obispo titular. Es una carga muy pesada. Sus antiguos amigos del monasterio, como Alipio, también acceden al episcopado y le piden ayuda. En esos momentos la Iglesia sufre el cisma donatista. Los donatistas se presentan como los "puros", rigoristas en las costumbres y los auténticos intérpretes de la Tradición. En 411, son definitivamente condenados por el concilio de Cartago y declarados fuera de la ley. Agustín no cesa en sus llamadas a la unidad de la Iglesia y a la reconciliación. Abre sus puertas a un clero separatista. Esta iniciativa no tuvo, por desgracia, el éxito deseado. Al mismo tiempo, un monje irlandés llamado Pelagio siembra el desconcierto. Defiende que el hombre sigue siendo libre, capaz de elegir el bien y cumplir con todos los preceptos de Dios.

En opinión de Agustín, la libertad humana es incapaz, por sí misma, de alcanzar la perfección. Es necesaria la gracia. No se pueden pasar por alto los pecados. El hombre debe aceptar humildemente la fe en Jesucristo Salvador. A Agustín le cuesta salir de esta controversia. Finalmente se condena a Pelagio. Pero el debate resurge con Julián d'Eclane, joven e impetuoso, coloca al ya anciano obispo de Hipona ante algunas contradicciones de sus propios escritos. Cunde el desánimo. El 24 de agosto de 411, Roma cae ante las tropas de Alarico. La ciudad es saqueada, el éxodo llega hasta África. Los paganos acusan al Dios de los cristianos de no haberles protegido. Agustín invita a distinguir con firmeza entre la ciudad de Dios, fundamentada en el Cristo imperecedero y la de los hombres, que, como las civilizaciones, es mortal. La vida eterna se construye desde ahora.

“Obispo para vosotros, cristiano con vosotros”

Es ya un hombre agotado que muere el 28 de agosto de 430. Demasiado pobre para redactar un testamento, lo había dado todo: su tiempo, su energía, su bondad y sus conocimientos. La vida cristiana era para él, ante todo, compartir lo que Dios nos concede. Todos están invitados a la mesa del Padre para alimentarse con su pan y su Palabra. Agustín supo escucharla atentamente. La estudió con asiduidad y la comentó exquisitamente en sus libros y sermones. Todos sus escritos tienen un propósito pastoral para que quienes le escuchan crezcan en el amor de Cristo. “¡Obispo para vosotros, cristiano con vosotros!” acostumbraba a decir. Ante todo vivió una intensa vida de oración. Nunca dejó de profundizar en su acercamiento a las Escrituras. La participación en la liturgia comunitaria le fortaleció. Su solicitud para con todos es legendaria: para con

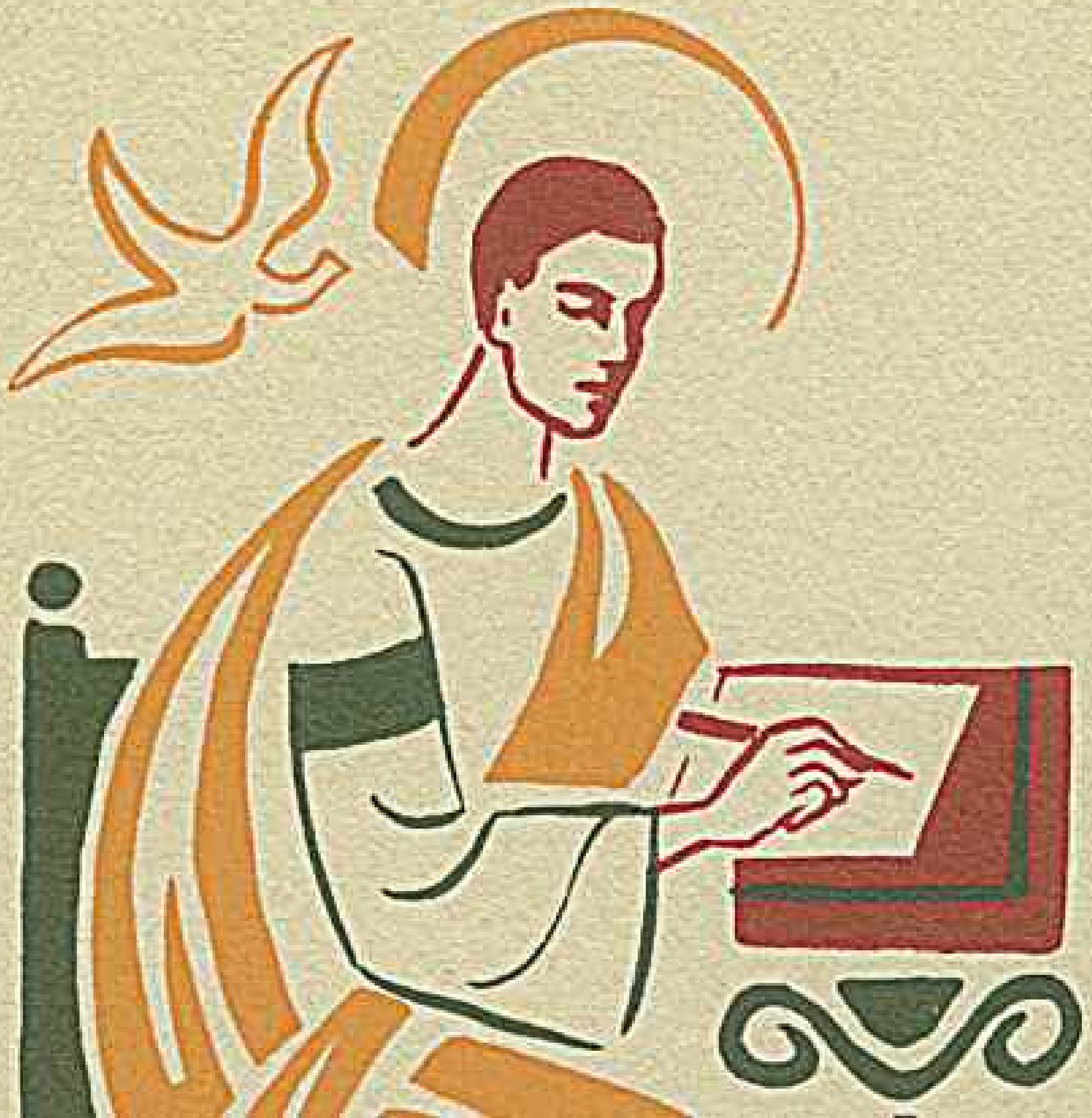
los catecúmenos que se preparaban para recibir el bautismo, para con quienes le escribían moralmente desorientados, para con los catequistas desanimados, para con los sacerdotes que habían perdido los referentes doctrinales... Para él, los cristianos son un solo cuerpo con Cristo. En efecto, ¿Qué es la vida cristiana sino esta incorporación a Cristo, este renacer en Dios y este crecimiento espiritual hasta el definitivo encuentro cara a cara? Agustín aprendió a no olvidar la presencia del Señor a su lado. También nosotros podemos reconocerle a través de esta vida tan generosamente entregada. Como subrayaron los superiores generales de las congregaciones de la familia agustiniana con ocasión del XVI centenario, la conversión de San Agustín puede ser una fiesta de todos. ¡El relato de la vida de San Agustín es ya una auténtica fiesta!

Algunas obras de Agustín


La obra de Agustín es inmensa. Las Revisiones permiten precisar, a veces aproximadamente, el momento en que trabajó en sus principales escritos.

- 383** Tratado de lo bello y lo conveniente (desaparecido)
- 386** Diálogos de Cassiciacum: Soliloquios
- 387-388** De la inmortalidad del alma; De las costumbres de la Iglesia católica; De las costumbres de los maniqueos; Del libre albedrío
- 391** Del Génesis contra los maniqueos; De la música; Del maestro; De la verdadera religión; De la utilidad de creer
- 393** Sermón sobre la fe y el símbolo (pronunciado durante el concilio de Hipona)
- 394** Salmo contra el partido donatista
- 397** De la doctrina cristiana: Las Confesiones
- 408** Sobre la catequesis a principiantes; Sobre la Trinidad
- 410** Sobre el trabajo de los monjes; Sobre la bondad del matrimonio; Sobre la virginidad
- 411** Sobre el espíritu y la letra; Sobre la fe y las obras
- 413** La Ciudad de Dios (comienzo)
- 416** Sobre las "Actas" de Pelagio
- 417** De la naturaleza y de la gracia
- 426** Contra las dos cartas de los pelagianos; Contra Juliano
- 427** Las Revisiones

Además de estos libros mantuvo una abundante correspondencia. Agustín es también autor de conferencias, de numerosos sermones, en particular las Homilías sobre el evangelio de San Juan y de un comentario completo de los salmos.



“Tu vida ya no te pertenece personalmente, pertenece a todos tus hermanos del mismo modo que la suya te pertenece a ti, o mejor aún, su vida junto con la tuya ya no forman una vida múltiple sino una única vida: la de Cristo”



Los actos de los hombres se diferencian unos de otros por la presencia de la caridad que los inspira. Existen muchas cosas, que no proceden de la caridad, pueden tener la apariencia del bien. El espino también tiene flores: hay actos que parecen duros, que parecen crueles: pero su objetivo es corregir, inspirados por la caridad. Haz tuyo, de una vez para siempre, este sencillo precepto:

¡AMA Y HAZ LO QUE QUIERAS!

**Si te callas que sea por amor,
si corriges, corrige por amor,
si perdonas, hazlo por amor, que la raíz del amor anide en el fondo de tu corazón. Todo lo que salga de esta raíz será bueno.**

Comentario a la primera Carta de San Juan 1, 8

Los grandes ejes

de la espiritualidad agustiniana

¿Puede San Agustín convertirse en un amigo, un guía, un ejemplo? Su vida es seductora, sin lugar a dudas. Pero hay algo más. Durante siglos, Occidente ha vivido bajo su influencia, tanto política como doctrinal. Y si existe un campo en el que nadie le ha igualado ése es la espiritualidad. San Agustín no es solamente el creador de un estilo de vida, también está en el origen de una vía espiritual muy fecunda que, como dice el P. Goulven Madec, asuncionista y gran especialista del tema, ha inspirado a innumerables cristianos a través del tiempo. A partir del momento de su conversión, tomó estas dos direcciones esenciales: profundizar en la interioridad espiritual y en el sentido comunitario.

Es evidente, recuerda el P. Marcel Neusch, otro asuncionista conocedor de este asunto, que Agustín no tuvo la intención de codificar su espiritualidad. Estos dos ejes aparecen, a posteriori al compararlos con otras opciones. Agustín vuelve sin cesar sobre ello a medida que va comprendiendo la existencia humana y descubriendo a Dios. No es por lo tanto inútil hacer un alto para observar cómo nace esta sed de Dios. Continúa inspirando a laicos, religiosos que viven en comunidad, casados, solteros. Todos quieren vivir cerca de este manantial y poder exclamar "unámonos en el amor, ardamos con la misma sed, corramos juntos al manantial". (In s. 41)

La interioridad,

camino de vida espiritual

“Entra en tu corazón y desde él vete hacia Dios. El camino será corto si empiezas entrando en tu corazón... Te perturbas por lo que ocurre fuera de ti, y te pierdes” (Sermón 311, 13). Todo el recorrido en la búsqueda de Dios parece resumido en estas líneas. En un mundo lleno de agitación y de ruidos ensordecedores, la vía agustiniana invita, para empezar, a recogerse en el silencio. No se trata de refugiarse en un silencio lleno de angustias. Sino de un silencio pleno y habitado, sensible a la brisa ligera, a este soplo sostenido que atraviesa nuestra existencia. A menudo, nos preguntamos como lo hizo Agustín: “¿Dónde encontrar a Dios?”. Buscamos en el exterior, pero tendríamos que profundizar en el interior. Los primeros pasos pueden resultarnos difíciles. Como el joven ambicioso de Cartago, vivimos huyendo, engañando a los demás y descuidándonos a nosotros mismos.

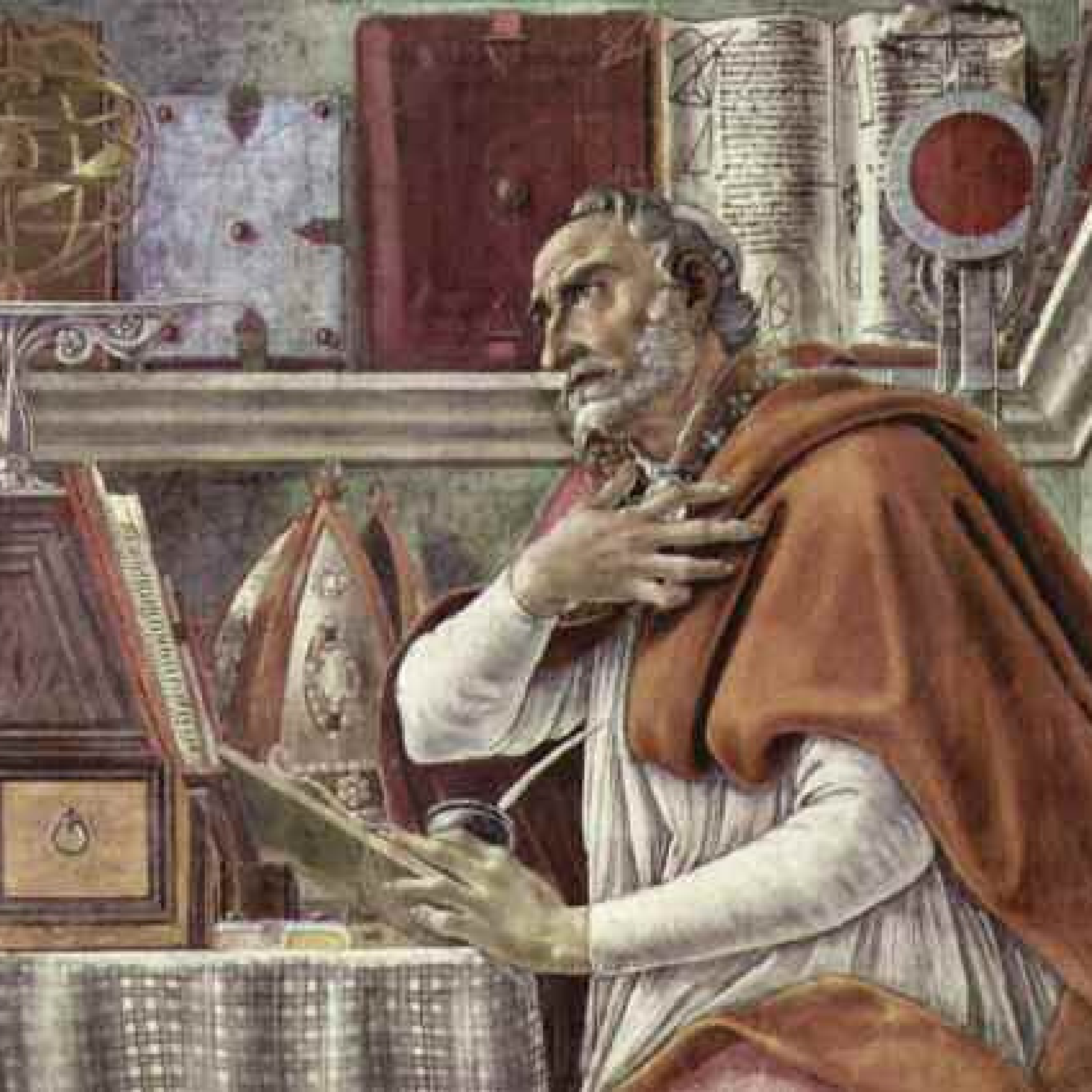
La vida auténtica no se encuentra en el goce de los bienes o de las personas. Ahí sentimos una voz interior que nos dice: “No te quedes en la superficie; entra en ti mismo, penetra hasta el fondo de tu corazón. Escudriña cuidadosamente tu alma” (Sermón 53, 15) Puede que la espera sea larga. Puede incluso durar lo esencial de la existencia. La sabiduría no se deja encontrar fácilmente. Agustín necesitó un aprendizaje extraordinario de la escucha. De este modo pudo percibir la llamada a reorientarse hacia Dios: “Ama las riquezas espirituales y te sentirás colmado. Te será fácil descubrir el manantial si abres tu corazón. No temas encontrarte agobiado: tu tesoro es tu Dios y en cuanto entra en un alma la dilata” (Sermón 111, 3)

En el interior, la luz es inmutable

A partir de ahora, decididamente orientados hacia Dios, estamos enteramente a su disposición. La luz interior ya puede iluminarnos completamente. "Entré y vi con el ojo de mi alma, fuese cual fuese, por encima de este ojo de mi alma, la luz inmutable... No estaba por encima de mi inteligencia, como el aceite flotando en el agua, ni como el cielo sobre la tierra: sino que estaba por encima, porque ella me hizo, y yo por debajo porque fui hecho por ella" (Conf., VII, X, 16).

El comprender cuál es nuestro lugar en el universo se revela, en este sentido, esencial. Ni ángel, ni demonio, el hombre debe aceptar humildemente su condición para entender el origen de esta luz verdadera: el mismo Dios.

Según San Agustín, el punto esencial por el que hay que pasar en el camino espiritual es la percepción del mundo y de uno mismo a la luz de nuestro creador. El retorno a nosotros mismos cobra su sentido cuando desborda hacia Dios. Entonces el hombre descubre su pertenencia a Dios, es decir inundado por su luz. "¿Dónde te he encontrado para conocerte si no es en ti, por encima de mí?" (Conf. X, XXVI), traduce así: "Eres más profundo que lo más profundo de mí mismo y más alto que lo más alto de mí". ¿Acaso nuestra vida no queda marcada por esta búsqueda de la luz interior al verificar lo inestable del deseo?



“Un solo corazón y una sola alma vueltos hacia Dios”

Agustín intentó formar una comunidad de vida con sus amigos en Cassiciaco. Le preguntan el porqué. Responde en los “Soliloquios”: para proseguir juntos nuestro estudio sobre el alma y sobre Dios. (I, 12, 20). El ideal de una vida en comunidad centrada en la búsqueda de la Sabiduría es anterior al cristianismo. Pero Agustín prefirió el estilo de vida que llevaban los Apóstoles: “En el grupo de los creyentes todos pensaban y sentían lo mismo: lo poseían todo en común y nadie llamaba suyo propio nada de lo que tenía” (Hechos, 4, 32). La condición más importante para ser discípulo de Cristo es la renuncia a los bienes. Agustín siempre fue exigente y claro sobre este tema. Cuentan de él que no tenía más que su ropa personal cuando fundó el monasterio de Hipona.

Vendió el resto en favor de los pobres y siempre lamentó que la Iglesia no hiciera lo mismo. ¿Por qué insistir tanto? Para Agustín el compartir todos los bienes está a la base del progreso espiritual. “Tenéis que saber que progresaréis en la vida espiritual en la medida en que deis más importancia a lo comunitario que a lo personal.” (Sermón 355,2). Al fin y al cabo una sola cosa es común: Dios. La renuncia a los bienes personales en la vida común es ante todo una invitación a un amor verdadero y generoso. Sostiene así el ideal de concordia necesario en la vida de comunidad.

“A cada cual según sus necesidades”

Para vivir plenamente la vida comunitaria es necesario buscar la armonía entre todos. De este modo “es hermoso y agradable para los hermanos vivir juntos”, como dice el salmo 132. Pero para permanecer unidos habrá que intensificar la atención a las personas. No se trata de instaurar un igualitarismo nivelador ni de ceder a la fantasía del momento. Cuando las monjas tenían disputas, Agustín les recuerda “Que vuestra superiora distribuya a cada una de vosotras el alimento y la ropa: no a todas por igual, puesto que vuestras fuerzas no son iguales, sino a cada una según sus necesidades” (Carta 221, 5). A cada cual según sus necesidades y la paz para todos. La caridad es indispensable para crear una verdadera amistad. Ésta busca, descubre y ama en el otro la presencia de Dios. La paz resulta más fácil.

Cada uno se hace responsable de la comunión fraterna. La condición para lograrlo es compartir francamente. La obediencia toma la forma de una sumisión mutua en la escucha de la voluntad de Dios. De este modo, la autoridad se ejerce como un servicio. En este caso, se pueden realmente “sobrellevar mutuamente las cargas” (Gal. 6, 2) sin demasiado esfuerzo. El compromiso común supone un sostén recíproco. Permite un renovado dinamismo personal, sobre todo en la oración comunitaria, “en que la voz deja escuchar lo que hay en el corazón” (Cartas. 211, 1). Así, la comunidad se convierte, en el lugar del perdón y de la fiesta.

**“Llamados por Cristo,
fuente de nuestra unidad,
optamos por vivir en común
conforme a la Regla de
San Agustín,
con vistas al Reino”**

Regla de vida de los asuncionistas, 6

Al servicio de la Iglesia

Para Agustín, la comunidad no es una finalidad en sí misma. No tiene sentido si no es para favorecer la búsqueda de Dios y la vida apostólica. Así pues, la comunidad agustiniana tiene una profunda vocación eclesial. Como indica el P. André Brombrat, asuncionista, esta vocación no le es ajena o sobrevenida. Sean cuales fueren "las obras" en las que se expresa, consiste fundamentalmente en crear y dar vida a "un tejido comunitario" más amplio. Por ello. La armonía de la vida en común es el mejor testimonio de la Buena Nueva anunciada. "En esto reconocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros" (Juan 13, 35). Personalmente, Agustín hubiera preferido una vida retirada, consagrada a la búsqueda de Dios. Pero no se sustrajo a las necesidades de la Iglesia: "el clérigo ha hecho una doble profesión, ha abrazado la santidad y la clericatura: la santidad para el interior porque Dios hace un clérigo para su pueblo... (Sermón 355, 6). Quiso comunicar su pasión por Dios y su pasión por el hombre.

Detengámonos también nosotros a observar nuestro mundo. Separemos el grano de la cizaña. Más profundamente aún, Descubramos en él a Cristo. "Contempla al Señor, contempla a quien es tu cabeza y el modelo de tu vida" (Sermón 296, 6) Aferrados a él, apoyándonos unos a otros, con la vista fija en el cielo, nos será más fácil acercar a los demás "el tiempo de la misericordia".

"Para participar plenamente de la vida futura, concentrémonos en la vida presente. Que nuestro único deseo sea comunicar la felicidad de vivir reconciliados, como hermanos. ¿Hemos descubierto la fuente de toda hermosura? ¡Compartámosla en Iglesia, con todos!

El P. Emmanuel d'Alzon, un habitual de San Agustín

“A poco que el lector esté familiarizado con los escritos del P. d'Alzon, pronto descubrirá a lo largo de su lectura una sensibilidad agustiniana. A menudo, su pluma transcribe con total libertad pensamientos sacados de los libros de San Agustín y se apoya en amplias citas en latín, tomándolas como algo indudable, al estilo bíblico, en cierto modo...

Ya en su juventud, Emmanuel d'Alzon se complacía en la lectura de San Agustín. Siempre tuvo la gran preocupación de sumergirse en el conocimiento de los Padres de la Iglesia cuyo referente indiscutible en occidente es el obispo de Hipona... Nuestro fundador siempre quiso para sus familias de la Asunción una marca de nacimiento agustiniana. Desde el principio, abundan los textos significativos en este sentido así como iniciativas a lo largo de la historia asuncionista...

Para este hombre, fundador a los 35 años, apasionado por la unidad y la verdad, la vía agustiniana es la vía real, porque determina el eje central de toda vida, el de la caridad. Pero sobretodo, procura los medios para realizar y encarnar la pasión del Amor gracias a la elección de la vida en común tal como la Regla lo concreta. Este camino lleva al amor de la Iglesia a través de esta “obsesión” de apostolado, basado en la vida cotidiana.”

P. Jean-Paul PERRIER-MUZET, Archivero de la congregación Extracto de Itinerarios agustinianos, 1 de enero de 1992, pp. 25-3

“Agustinos” de la Asunción, ¿bandera de conveniencia?

En el siglo XIX, toda nueva congregación debía adoptar una de las grandes reglas del pasado. Y muchos fundadores escogieron la Regla de San Agustín para obtener la autorización de navegar por las aguas de la vida religiosa. Como una bandera de conveniencia. Sin más. Pero para el P. Emmanuel d’Alzon, nuestro fundador, era algo muy diferente. Aunque San Agustín no fue su único Maestro, pronto fue el más querido, el más seguido, y prácticamente el único al que frecuentaba en la última etapa de su vida. Y nosotros, asuncionistas de 1981, ¿Tenemos a Agustín como bandera de conveniencia?

Seamos claros: Agustín no es nuestro Padre. Es nuestro patriarca, según la voluntad del P. d’Alzon o, como cantábamos antes: ¡Magne Pater Agustine!

Desde nuestro fundador, a través de su espíritu, de sus grandes textos, la savia agustiniana corre por el árbol de la Asunción. Por ejemplo, el lugar central que ocupan Cristo y las virtudes teologales, el sentido de la Iglesia, el amor de su unidad, la trilogía (unidad, verdad, caridad) tan querida por el P. Pernet, discípulo del P. d’Alzon y fundador de las Hermanitas de la Asunción. Algunos de los nuestros se han consagrado enteramente a este tesoro agustiniano, ¿Pero no podríamos todos los demás sacarle más provecho?”

Extracto de la carta n° 25 del P. Hervé STÉPHAN. Superior General, a todos los asuncionistas. Roma a 22 de octubre de 1981.

La odisea del instituto de estudios agustinianos

El Instituto de estudios agustinianos (IEA) es un referente, en Francia, para quien desee acercarse al conocimiento de Agustín. Está situado en el magnífico Palacio abacial, en la calle de la Abadía, cerca de Saint-Germain-des-Près en París. Poca gente tiene conocimiento de que en sus orígenes están los asuncionistas. En efecto, el Padre Emmanuel d'Alzon deseaba fundar una universidad, pero este proyecto no llegó a realizarse. Hacia 1930, la patrística conoce un importante resurgimiento. La editorial Desclée de Brouwer confía al P. Cayré, asuncionista, la organización de una colección científica francés-latín, con notas críticas, del conjunto de los escritos de San Agustín. Por aquel entonces, la antigua Biblioteca agustiniana, prosigue su obra con entusiasmo. La Nueva Biblioteca agustiniana publica algunos textos en un formato de bolsillo haciéndolos más accesibles.

En 1943, el Superior General, P. Gervais Quénard lanza el centro de estudios agustinianos. Confía la responsabilidad del mismo al P. Cayré, quien se rodea de valiosos colaboradores: los Padres François-Joseph Thonnard, Albert de Veer, Georges Folliet y algunos jesuitas y laicos. Desarrollan una actividad desbordante. Se fundan varias publicaciones periódicas: Revue des études agustiniennes (Revista de los estudios agustinianos), Recherches agustiniennes (Investigaciones agustinianas). Los trabajos más relevantes se publican en los Études agustiniennes. El Bulletin agustinien, excepcional instrumento, que estuvo durante mucho tiempo impulsado por el P. Goulven Madec. Actualmente, el Instituto Católico de París, donde los asuncionistas fundaron una cátedra de patrística, se ha hecho cargo de la gestión del IEA. Las ocasiones de colaborar son aún frecuentes y la intensidad del trabajo no ha disminuido.

Oración a san Agustín

Bienaventurado San Agustín el Señor os eligió para ser el pastor de su Iglesia y os colmó con su Espíritu de Sabiduría e inteligencia. Os eligió también para ser el padre y el protector de nuestra casa

Durante toda vuestra vida buscasteis a Dios con todo el fervor de vuestro corazón. Con fe, confianza, amor y perseverancia os rogamos, Padre nuestro: que nos concedáis,

A través de las gracias que deseamos, ser fortificados en la fe, la esperanza y el amor en nuestro caminar por la vida, estar, como vos, sedientos de Dios fuente de la verdadera sabiduría y encontrar tan solo en Él nuestro descanso, hacedor del eterno amor.

**Oración de la novena preparatoria al jubileo del seminario menor de Koupéla
(Burquina Faso)**

**“Ante todo, mantened la
unanimidad entre vosotros,
teniendo una sola alma y un
solo corazón vueltos hacia
Dios. ¿No es esa la razón por la
que estáis juntos?”**

Regla de San Agustín